

Romances de una cellista / Catalina y Florentino

Segunda parte

C. P. A. BRENDA ELIZONDO

Luna agonizante

CENICEROS repletos de colillas, botellas de vino vacías, platonos con residuos de queso y frutillas deshidratadas, es lo que quedó después de la reunión con algunos compañeros de la orquesta. El director sería el último en partir; sin embargo, Catalina le pidió por primera vez que se quedara. Conversaron acerca de sus libertades y esperanzas como pareja, Franco no pudo callar más sus intenciones de planear un futuro juntos y esa noche le habló de matrimonio. El inevitable miedo que sintió Catalina, hizo que le sugiriera hablar del tema en otra ocasión, sin alcohol en la sangre. Le dio un beso en la frente y le dijo que durmiera tranquilo, mientras ella se levantaba de la cama.

–¿Qué haces? –le preguntó Franco.

–Vuelvo a la sala, quiero fumar y tocar un poco –contestó Catalina.

–¿A esta hora? Creí que dormiríamos –expresó Franco.

–No tardo, deberías pensar bien eso de casarte conmigo, padezco de insomnio y suelo tocar por las madrugadas. ¿Aún quieres? –preguntó Catalina sonriendo y con tono de advertencia.

Franco, entre dormido y despierto respondió:

–Sí, aún quiero.

Catalina no salió a la sala como planeaba, prefirió dejar allí a Florentino porque sabía que estaría celoso del pianista y no tenía ánimos para contentarlo. Así es que apagó la luz, abrió la ventana, y sentada en el sofá mirando hacia el oriente, encendió el último cigarrillo de la noche mientras se preguntaba dónde había quedado todo lo que merecía por ser tan buena con el imborrable Vladimir. Durante años fue su motivo para depilarse las piernas, comprarse lencería, pintarse las uñas, arreglarse el cabello y tanto más, a pesar de que desnuda y sin maquillaje se sentía aceptada como por ningún otro. Cuando ella era cobarde, él con su valentía la hacía ver las cosas sin peligro, si sus zapatos comenzaban a flotar, él con su dureza los regresaba a su sitio y los fijaba con pegamento, incluso más del necesario. Cada vez que se perdían en la oscuridad, Catalina hacía que las sombras parecieran luces, su ceguera ahuyentaba el miedo de creer. No temía que las ilusiones se convirtieran en desengaños, bastaba con dirigirse al reloj y regresar sus manecillas para que todo comenzara de nuevo; hasta que un día, estas legaron a su adolescencia y se rebelaron, no quisieron retroceder.

Prometió que él sería la historia de su vida, juró amarla como una niña y cumplió su promesa, pero él con su partida se llevó sus risas, su voz, su alma y su inocencia. Cuando él lloraba, Catalina le secaba las lágrimas con sus labios, por eso aún conserva el sabor del Vladimir sensible; ese que sacrificaba su libertad por corresponderle y nunca la hirió intencionalmente. El que le cocinaba y además le daba a probar la comida en la boca, el que ya no quería andar sin ella y presumía por doquier los talentos de su niña, como la llamaba. Catalina se volvió a enamorar tras su ventana. La noche, el canto del viento y de los grillos, eran Vladimir. Reconoció sus caricias. Olió sus olores y miró sus miradas. La composición que se hizo del placer y de la culpabilidad fue como la que escucha en su consciencia aquel que se retira de un vicio y tiene una recaída. El cielo tapizado de lentejuelas plateadas le había regresado al amor de su vida; no obstante, la luna estaba allí para recordarle su realidad.

Catalina piensa que a pesar de que siempre estuvo atenta a sus necesidades, él pudo borrarla de su mente tal como un editor elimina sin piedad un párrafo con redundancias. De tanto morderse las uñas planeando cómo complacerlo, sus dientes quedaron desgastados al igual que sus idealizaciones. Cuando Vladimir pedía marrón, ella le daba azul con amarillo y rojo, azul con naranja, amarillo con violeta, rojo con negro, verde con rojo, entre otras combinaciones y contrastes. Lo único que consiguió fue hacerse una experta en mezclas; sin embargo, nunca logró igualar el tono marrón que Vladimir pedía, el que sí pudo darle esa que lee revistas de moda mientras le hacen manicure, la que luce dientes perfectos y siempre tuvo el honor de que su nombre fuera mencionado cada treinta segundos por él, la que tanto maldijo Catalina, sin pensar que la otra no tenía la culpa de ser tan irresistible, tampoco de ser la mejor.

Él jamás supo lo inmenso que era el amor que ella le ofrecía, y si alguna vez lo percibió, se hizo el tonto, porque al dejarla, le dijo lo peor que se le puede decir a una persona que se ama: quedemos como amigos... sabiendo bien que ella continuaba atada a la vida que él decidió dejar atrás, y que aunque Vladimir no creyera en Dios, seguiría rezando por él.

Estaba segura que moriría y que los mares se quedarían secos si él no regresaba; no obstante, ella sigue viva para presenciarlos llenos, y fuerte para recibir la sentencia inexorable del tiempo: lo de Catalina y Vladimir pertenece al pasado.

Franco ha mandado a dormir su tristeza, la mayor parte del tiempo puede sentirse liberada de aquel tango bailado por tres, en el que terminó mareada y abandonada. Llegó el príncipe que mantuvo su encanto después de la medianoche y desapareció las tormentas alejando las nubes con su sonrisa de sol, dispuesto a secar la lluvia, tal como Catalina secaba las lágrimas de Vladimir. Franco no le pide marrón, él le ofrece los tonos del arco iris y confía en que sus mezclas serán lo mejor para los dos.

Aunque le duela aceptarlo, el tiempo está logrando que su amor por Vladimir se desvanezca como las cenizas de un muerto en el aire. Aceptó que la otra es mejor que ella para él, pero también piensa que cualquier mujer es más de lo que él merece. Cree que fue un cobarde ya que el orgullo no le permitió seguir de su mano cuando ella era valiente y defendía la relación como una loba.

Sin embargo, de pronto una brisa de paz la invadió y supo que esa era la última vez que sufría por Vladimir. Finalmente piensa que quien mintió no fue él, sino ella a sí misma; esa noche llegó a la conclusión de que ese hombre era ficticio; ella lo había inventado de acuerdo con sus necesidades. Luego de tantos reproches, tristemente reconoció que sus ganas de amar la obligaron a ponerle cuanto adorno fue necesario hasta verlo perfecto, y así, su mente lo hizo tan grande y fuerte como un elefante cuando quizá siempre fue débil y pequeño.

Decidida a desprenderse para siempre, le pidió a la luna en agonía que en esa su última fase, se llevara todo el dolor restante para que no existiera sombra alguna entre ella y Franco. Recordó las palabras de Mijaela en la reunión con los de la orquesta; le dijo que estaba feliz por ella, que su semblante era otro y que le auguraba mucha dicha y estabilidad al lado del pianista.

Y aunque seguía irritada por el rechazo de Vladimir, admitió que su felicidad estaba al lado del hombre que dormía profundo a unos cuantos metros de ella. En ese momento cerró la ventana y regresó a la cama buscando besos y caricias bajo sus sábanas, segura de que vendrían acompañados de una luna nueva. Y a su Florentino, planeaba regalarle el amanecer.

Luna agonizante

Romances de una cellista _ Catalina y Florentino

♩=70 **adagietto**

Brenda Elizondo

triste

Violoncello

mf *fp* *fp* *mf*

4

fp *mf* *fp* *mf*

8

misterioso
pizz.

f *mf*

11

dolce
arco

f 3

15

appassionato e doloroso

p

20

ff *mf*

El funámbulo

CIENTOS de flores marchitas en cajas de madera y recipientes de vidrio, adornaban y aromatizaban cada rincón del cuarto de baño que se percibía lleno de vida. Al pie del inodoro se encontraba un atractivo cesto de membrillo con una tela en color castaño casi oculta por rollos de papel. En el anaquel había toallas plegadas una encima de otra, velas empotradas en botellas antiguas de tonos verdes y caracolas de mar abarrotando vasos old fashion. Sobre un tapete una pila de libros llegaba a la altura del lavabo, en el que Damián se enjuagó manos y cara, luego hizo lo que cualquier persona curiosa haría en un baño ajeno: correr la cortina de la regadera para fisgonear. El visitante en casa de Catalina había notado la ausencia de absorbentes de flujo menstrual en el estante, es por eso que no se extrañó que de las llaves mezcladoras no colgaran pantaletas puestas a secar; cosa que para él es la imagen típica que confirma pereza en una mujer. Agradeció al cielo que su amiga de infancia no se hubiera convertido en una de esas que exhibe su ropa interior en la regadera; haciendo de esta, un patio de vecindad. Sin saber que Catalina, minutos antes de su llegada, había inspeccionado cada rincón de su departamento para evitar que Damián se encontrara con este tipo de detalles, pues bien sabe que los detesta.

–Tendrás que disculparme, mademoiselle, si no me lavo las manos, no me hubiera enterado de la hora; tengo un compromiso, así es que otro día vendré a tomarme ese té de durazno que huele delicioso. Por cierto, Cristian te envió un saludo –comentó Damián mientras caminaba contoneándose hacia el perchero de la sala para tomar abrigo y paraguas.

–Qué malo eres Damián, pero te perdono porque tienes un talento envidiable: siempre rechazas con delicadeza. Ah, y dile a tu Cristian-compromiso, que a pesar de que me abandonas por su culpa, le mando un millón de abrazos –respondió Catalina sonriendo, mientras lo acompañaba a la salida.

–No vayan a faltar a la función, tampoco lleguen tarde, te lo digo porque las manecillas de tu reloj están inmovilizadas, pareciera que no tienes conflicto con el tiempo –mencionó el trapecista, despidiéndose con un beso en cada mejilla.

–¡Otra vez, no puede ser!; si no es el péndulo son las manecillas, si no son las manecillas, es cosa de las baterías, si no es por las baterías, sabrá Dios por qué.

Mi viejo reloj cada vez acorta más sus jornadas laborales, parece ser que ya pide jubilación... Despreocúpate, Dami, me guiaré con el digital que tengo en la habitación. Nos veremos más tarde. ¡Suerte!
–contestó Catalina.

Con la llovizna resbalando sobre su paraguas, Damián se interrogaba por qué los años tenían que ser tan crueles: si te descuidas, te hacen olvidar momentos que un día deseaste eternizar. Habían pasado veinte

años desde que conoció a su amiga. Piensa que ella sigue siendo la misma niña que estudiaba música en la academia de su tío Camilo, quien lo obligaba a tomar lecciones de violín, aunque Damián siempre supo perfectamente bien que podría ser arquitecto, veterinario, abogado, o dedicarse a cualquier otro oficio menos al de instrumentista. Nunca le encontró el gusto. No obstante, a Catalina la visualizaba viajando por todo el mundo como saxofonista. Recuerda cómo ella sí aprovechaba su estancia en la escuela, siempre estaba solfeando o practicando escalas. Por lo general, cuando descansaba pasaba una tela suave con movimientos circulares por todo el cuerpo de Gisleno, su saxofón, hasta desaparecer las más mínimas huellas de sus dedos. Cada día mientras tocaba, modelaba frente al atril uno de sus vestidos tejidos a mano por su madre. Con los ojos cerrados repetía pasajes una y otra vez, nunca se conformaba, Damián suponía que sus padres eran quienes le habían metido en la cabeza el lema: ¿por qué va a estar mal algo que puede estar bien?, ¿por qué va a estar bien algo que puede estar muy bien?, ¿por qué va a estar muy bien algo que puede estar magnífico?

Sin embargo, con el tiempo descubrió que no fueron ellos quienes le inculcaron ese pensamiento. Catalina, a sus nueve años de edad ya tenía más que marcado su perfeccionismo; un simple ejercicio lo preparaba como si fuera a interpretar un concierto en uno de los teatros más importantes. Su sonido libre y apasionado hacía que las personas que caminaban frente a su cubículo de estudio, se regresaran para ver sobre la rendija rectangular de la puerta. Lo menos que se esperaban era encontrarse con una pequeña estremecida y colmada de goce persiguiendo hasta su muerte a cada nota expulsada por su instrumento; todas con carácter imponente capaz de exorcizar a cualquier demonio. No tenía urgencia, ni mucho menos representaba para ella un reto tocar piezas con dificultades técnicas, lo que creía y sigue creyendo desafiante, son las melodías que parecen simples o que dan la impresión de estar jugando.

Piensa que ahí es donde se demuestra qué tan músico es un músico. Bastó con que cinco años después, asistiera al *Concierto para violoncello y orquesta en si menor* de Dvořák, para que decidiera ingresar y permanecer para toda la vida en el mundo de las cuerdas.

Franco y Catalina llegaron puntuales. Él observaba con millones de celos las espectaculares y riesgosas acrobacias de Damián. No le agradó que ella nunca le hubiera mencionado al trapealista, tampoco el entusiasmo con el que le habló de él esa tarde cuando lo llamó para invitarlo a la función. Imaginó que tal vez en el pasado Catalina y Damián tuvieron su romance. Sólo pensar que por la tarde el artista de circo estuvo a solas con ella, le provocó malestar en el estómago. Qué no daría el respetable director de orquesta para que el único testigo, Florentino, le contara lo sucedido en esa cita. Muere por saber si fue una visita rápida, si se quedó a charlar un poco, si tomaron café o licor. Temía que después de la repentina aparición de Damián, la relación entre ellos se estropeará.

No fue capaz de preguntarle a Catalina sobre el encuentro. Para colmo, antes de entrar en el circo, su amada le había regalado desde lejos un alborotado saludo a Cristian, cosa que terminó por desconcertarlo. ¿Quién diablos es ese otro hombre? ¿Por qué Catalina no me presentó ante él? ¿Por qué? se cuestionó mientras permanecía atento a la rutina del trapealista que combinaba danza con destreza física entre la tierra y el cielo a más de ocho metros de altura. Pensó que si algo salía mal en el número de Damián, al menos

caería en la malla y sin duda se recuperaría. Sin embargo, si las cosas entre él y su amada se derrumbaban, sería mortal. Bajo su carpa íntima, decidió que sin red realizaría series de volteretas dobles esperando ser tomado por las manos de Catalina, quien estaría balanceándose boca abajo desde el trapecio de enfrente. Franco sintió temor de que en esa pirueta ella lo dejara caer: el miedo lo hizo sentirse torpe y le encontró sentido a un aforismo que tanto repite Catalina: «el amor agiliza a los torpes y entorpece a los ágiles». Logró controlar sus impulsos y, en silencio, elaboró en su mente un discurso que jamás fue utilizado.

Al terminar la función, el primero en felicitar a Damián fue Cristian, luego Catalina; el largo y efusivo abrazo de los dos, hizo que la sangre de Franco borboteara al ver el cuerpo de un hombre fuerte y musculoso unido al de la mujer que sentía de su propiedad. Casi pierde el control de sí mismo.

Deseó, instintivamente, que las gotas de lluvia que hacían música sobre la cúpula, hubieran desconcentrado al intruso que vino a sacudir la inmensa serenidad que había en él antes de la media tarde, que hubiera caído y muerto antes de que sus brazos estrecharan la cintura de su cellista, o mejor aún, que ellos nunca se hubieran vuelto a ver.

Damián advirtió la molestia de Franco y enseguida se separó del abrazo, para disminuir la tensión presentó a Cristian al músico. Se despidió no sin antes halagar a su eterna saxofonista.

—¿Saxofonista? —se sobresaltó Franco.

—Sí, para mí siempre será saxofonista —respondió el artista del trapecio, al mismo tiempo que le obsequiaba un beso en la frente a su amiga de antaño. Con una palmada en la espalda, agradeció a Franco su presencia, quien avergonzado por sus celos y desconfianza, abrazaba con ternura a su novia mientras ella le contaba su historia como estudiante de tal instrumento de aliento. Y riendo por las reveladoras anécdotas del tremendo Damián, observaban cómo la otra pareja, intercambiando evidentes coqueteos amorosos, se alejó lentamente del circo.

El funámbulo

Romances de una cellista _ Catalina y Florentino

♩=100 **andantino**
con grazia

Brenda Elizondo

Violoncello

mf

7

14 *scherzando*
f

20 *leggiero*
pp

27 *mf*

33 *con grazia*

40

47 *scherzando*

Baraja española

VARIOS vasos de cerveza oscura y unos cuantos cigarrillos fueron los únicos testigos de la conversación. Durante casi cuatro horas recordaron virtudes y defectos de sus exámenes.

¿Cómo es posible que sigas pensando en aquel canalla? ¡Pareciera que ese hombre te clavó cien alfileres en el corazón por medio de un muñeco vudú! –dijo Mijaela, luego de ver que el protagonista en la vida de Catalina seguía siendo Vladimir. –Pues sí es así, te aseguro que fueron más de cien –contestó en son de broma, mientras con la mano izquierda solicitaba la cuenta al mesero.

Camino a su casa, llevaba el eco del chiste de Mijaela y comenzó a creérselo; imaginó una foto de ella clavada a un muñeco de trapo con alfileres de cabeza roja. Empeñada en comprobar que por algún lugar del mundo existía un muñeco vudú hecho en su nombre para que amara toda la vida a Vladimir, seis días después, una de esas noches en que las cartas no mienten, Catalina decidió desempolvar la herencia de la abuela paterna y fue en busca de la baraja española, que se encontraba envuelta en un trozo de tela color rojo dentro de una caja de madera que llevaba años sin ver luz. La barajó, con su mano izquierda hizo un corte, luego colocó los dos bloques en forma de cruz, diciendo: «Por mí, por mi futuro y por lo que deseo saber y espero». La abuela le había indicado que era imprescindible e importante acomodar los naipes de izquierda a derecha, formando cuatro líneas de diez cada una. Una vez extendidas, localizó a la figura que representa a mujeres de tez blanca y cabello oscuro, como ella: la sota de espadas. A partir de ahí, se fue carta por carta hacia su lado izquierdo para interpretar la séptima, que en este caso era el caballo de copas; es decir, un hombre joven, moreno claro. Al vincularla con las claves de las tres cartas que la antecedían, los latidos del corazón de tan violentos le sacudieron el cuerpo. Después de ver el cinco junto al cuatro y el as de espadas, el temor, le impidió seguir con la lectura.

–¡No puede ser!, muerte por accidente, repetía una y otra vez. Ese hombre, ¡lo matamos, Florentino, lo matamos!, ¿pero cómo es posible que haya muerto?, sólo fue un aventón, ¡debo tranquilizarme! –se dijo a sí misma encendiendo un cigarrillo antes de llamarle a Mijaela y contarle lo del sábado, cuando se vieron en el bar.

De regreso a casa en su coche, le había dado un empujón a un hombre en la avenida Trece; circulaba a treinta kilómetros por hora aproximadamente, esto haría tiempo para que el semáforo cambiara a luz verde y no tuviera que detenerse por completo a esas horas de la madrugada. De pronto, un hombre cruzó la calle corriendo, y ella no alcanzó a frenar, pero él se levantó de inmediato y continuó la carrera, al parecer lo estaban siguiendo.

Mijaela le pidió que se calmara y le propuso dividirse la tarea de revisar los diarios de los seis días anteriores para ver si encontraban algo al respecto.

A quien le tocó leer el encabezado de la nota fue a Catalina, la relacionó de inmediato, pues decía:

«La madrugada del domingo encontraron a un joven muerto en la calle Diez». Eso significaba que lo hallaron a tres cuadras de la avenida Trece, minutos después timbró el teléfono, era Mijaela para decirle que nada había encontrado. Catalina le respondió lo mismo, le agradeció y le pidió que no se preocupara, que pensándolo bien, era una tontería creer que un empujón tan leve provocara resultados tan graves, que lo mejor sería olvidar el asunto.

Al colgar, fue con Florentino, necesitaba hacer algo pronto. El primer pensamiento después de enterarse que ese joven murió, fue huir, por eso no le contó sobre la nota a su amiga. Después pensó que nadie la había visto, de lo contrario ya la hubieran localizado, entonces consideró la opción de quedarse en la ciudad. No cesó de beber café, de fumar ni de pensar. Decidió buscar a la familia de ese hombre y confesarlo todo. Fue a la pantalla de nuevo, para ver si proporcionaban algún dato de ellos en la nota, y al leerla de principio a fin se dio cuenta de que a ese joven, la muerte se la había provocado otra persona que no huyó y que declaró que el muchacho se le había atravesado y no alcanzó a detenerse.

Liberada de toda culpa y sintiéndose una tonta, se alejó de la computadora y regresó a las cartas extendidas con el motivo principal, el de comprobar que su amor por Vladimir no era más que el efecto de un hechizo. Se concentró en eso y no encontró señal alguna de brujería en la lectura. Lo que sí encontró, fue su regreso. Específicamente, las cartas le decían que Vladimir volvería a su lado y con propuesta de matrimonio.

Catalina se puso histérica, les gritó mentirosas, se sintió una ingenua y una imbécil, les dijo que ya era suficiente, que la estaban volviendo loca con una muerte en su consciencia y ahora esto. Les aclaró haber acudido a ellas, buscando una solución para arrancar a Vladimir de su ser, que sólo quería comprobar la existencia del muñeco vudú y contrarrestar el hechizo. Pero sintió que se burlaron de ella, después de todo, sigue creyendo que existe algo sobrenatural que la ata a Vladimir; sin embargo, comprendió bien el mensaje y está de acuerdo con lo que le revelan. Definitivamente, es preferible vivir con más de cien alfileres clavados en el corazón, que con una muerte en la consciencia. Se despidió de su baraja española, volvió a cubrirla con el lienzo rojo y la llevó a su sitio.

Al día siguiente recibió una llamada por celular de uno de sus colegas que le hablaba desde el hospital, para informarle la suspensión del ensayo en la orquesta, debido al accidente sufrido por el director al resbalar de las escaleras de su casa y fracturarse la cabeza. El accidente lo había dejado en estado de coma y todos los de la orquesta iban para allá. Catalina, llegó de inmediato al hospital. Los compañeros la dejaron pasar a verlo a solas, no podía creer lo que estaba sucediendo, sus lágrimas no paraban. Pensó que Mijaela tenía razón; Franco era el hombre perfecto para ella, llegó en el momento exacto, la acepta tal como es, la admira, la desea, la trata con cariño y nunca la lastimaría como Vladimir, quien cada día encontraba una nueva forma de hierla.

Al verlo en cama, inconsciente, casi perdido, decidió esperar allí hasta que despertara para decirle que ya no tenía nada más que pensar, que quería amarlo para siempre. Y en ese momento, las Catalinas que habitan dentro de ella: la *loca* y la *sensata*, se propusieron infinidad de planes. Quisieron ser las únicas que lo hicieran llorar y que lo hicieran reír, cocinar para él, y con sus besos no dejarlo comer; velar sus sueños, y no dejarlo dormir; ser sus esclavas, pero también darle órdenes. Esta vez, no tuvieron que planear ser las ladronas de su apellido, porque a él, nunca le faltó valor para ofrecérselos.

Mientras tanto, Florentino –quien fue el único en presenciar a su adorada interpretando con excesiva fijación el pasado, cuando en realidad las cartas no le anunciaban más que su presente– la aguardaba en casa, como siempre, amoroso.

Baraja española

Romances de una cellista _ Catalina y Florentino

♩ = 70 **adagietto**
misterioso

Brenda Elizondo

Violoncello

5

9

12

16 *molto espressivo*

21

25

28 *piacévole*

p

mf

f

mf